

Todo el mundo tiene un plan...

JOAQUIM AGUILLELLA

Decano del Colegio de Ingenieros Agrónomos de Levante

De entre alguno de los muchos mandobles con los que la realidad nos puede dejar tendidos en la lona está el de perder la seguridad alimentaria

Todo el mundo tiene un plan hasta que le llega la primera hostia», le espetó Mike Tyson a un periodista antes de su combate contra Evander Holyfield. Es lo que pasa cuando se hacen planes de espaldas a la realidad: que, a la primera de cambio, te dejan noqueado.

Hace unos días lo sufrimos en forma de apagón. El plan energético sonaba perfecto, pero la realidad no se acompasó con los deseos y pasamos ocho horas a «oscuras». Otro tanto sucedió con la dana: llevábamos años deseando que no pasara nada y lo único que se hizo, hasta el fatídico desenlace, fue cerrar muy, muy fuerte los ojos.

De entre alguno de los muchos mandobles con los que la realidad nos puede dejar tendidos en la lona está el de perder la seguridad alimentaria. Que es, en esencia, dejar de disponer de alimentos en cantidad y calidad nutritiva, amén de cumplir con las condiciones sanitarias exigidas, y que, además, estén cerca de nosotros y podamos pagar. Un riesgo a la altura del peor de los desastres naturales; porque no olvidemos que el hambre, además de ser trágica en sí misma, cataliza el resto de conflictos. Es decir, si nos llega ese primer golpe, la lluvia de ganchos y cruzados está prácticamente garantizada.

En la época del Big Data y de la Inteligencia Artificial no hay nada como echar la vista atrás para darse cuenta de cómo se articula un plan que no sólo asegure la soberanía alimentaria, sino que propicie un sector dinámico y emprendedor que maximice las oportunidades de un país que en 1961 tenía una dieta ligeramente superior a la de África (2.635 vs 2.375 calorías).

Este plan o concepto de desarrollo ha guardado un paralelismo casi absoluto con la profesión de ingeniero agrónomo, que hace 75 años dio el salto de la estricta iniciativa pública a atender, también, a los proyectos privados, motivo por el cual se crearon los colegios oficiales de ingenieros agrónomos y su consejo general. Y, hoy, día de San Isidro, me permitirán que recuerde cómo un país esmirriado se convirtió en un peso pesado, porque precisamente esa es evolución que nos ha moldeado como profesión.

Lo primero que se hizo fue asegurar la producción de alimentos, y me permitirán que haga una mención especial a garantizar el suministro de agua y a atender a la sanidad vegetal y animal. Pasamos a comprender que la industria alimentaria era tan necesaria para esta seguridad como la actividad agraria, y por eso ambas se plantearon de forma indisoluble. Al tiempo, antes de que fuese tendencia, se abordó de forma transversal el desafío medioambiental y se incorporó, desde épocas muy tempranas, al día a día del ejercicio profesional. Posteriormente, ya integrados en Europa, fuimos capaces de desplegar los más exigentes sistemas de aseguramiento de la calidad, ampliar el catálogo de productos de valor y afianzar un sistema productivo que se aprovechaba de nuestras innatas ventajas comparativas (régimen de temperaturas y horas de sol), lo que nos convirtió en exportadores.

Las distintas crisis nos obligaron a torcer el modelo lineal de producción para hacerlo circular. La irrupción de chips baratos nos ha alentado a digitalizar para cosechar los datos que alimentan el futuro. En la actualidad, nos encontramos ante una nueva frontera de la profesión, la de la integración de biosistemas: ser capaces de emplear los sistemas biológicos para gestionar, además, nuestros residuos, producir energía y obtener nuevos materiales y productos.

No obstante, de un tiempo a esta parte, a la par que los ingenieros agrónomos nos «machacábamos en el gimnasio» de la ciencia, la tecnología y la razón, los que marcaban cuál había de ser nuestra estrategia empezaron a pensar que no hacía falta tanto, que el fantasma del hambre quedaba lejos y que este «viejo» boxeador debería refugiarse en la esquina del cuadrilátero, mantenido con lo mínimo y más como elemento decorativo que funcional. Y de esta forma, Europa dejó de acoger tecnología (ahora ronronea un poco, pero flojito, con el CRISPr), nadie se atreve a tomar decisiones sobre nuestras estructuras productivas (o las modificamos o no podremos competir), desdibujamos la esencia de la industria alimentaria (véase el escaso éxito de los NextGeneration), atiborramos de exigencias, limitaciones y condiciones a los productores (les hacemos aborrecer su trabajo) y deshacemos el camino de garantizar la producción (aprovechando que el Pisuerga pasar por Valladolid, se recorta el Tajo-Segura).

Así que deberíamos empezar a pensar qué nos va a pasar cuando al boxeador más fuerte que hay en la economía española (74.231 millones de € de exportaciones y 18.449 millones de € de superávit en la balanza comercial en 2024, según el reciente informe de Cajamar) le falte el agua, lo hagan competir con un brazo atado a la espalda y le abandone la esperanza. Se lo digo yo, el golpe se lo llevará usted.